X El reto del «ascenso pacífico»

«El centro de la vorágine mundial se ha desplazado [...] a China. Cualquiera entiende que en ese poderoso imperio [...] reside una de las claves de la política mundial durante los próximos quinientos años». Así anunciaba en 1899 el secretario de Estado John Hay la política de Puertas Abiertas que pedía para Estados Unidos un acceso comercial a China equivalente al de las demás grandes potencias. El ex embajador estadounidense en las Naciones Unidas Richard Holbrooke, citando a Hay más de un siglo después, declaraba que actualmente «todo es diferente y nada ha cambiado [...] De «formas muy diferentes, Estados Unidos busca todavía una puerta abierta; el secretario del Tesoro y un Congreso encolerizado piden a China que revalúe su moneda para dar a las empresas estadounidenses una mayor posibilidad de competir con la economía que crece más rápidamente en el mundo»[1].

Pese a Holbrooke, la situación actual a este respecto es radicalmente diferente de la de hace un siglo. A tenor de las reglas de la OMC Estados Unidos tiene el mismo acceso a China que cualquier otro país, y lo que es más, cuando China se incorporó a la OMC en 2001 «aceptó uno de los programas más rápidos, entre los nuevos miembros, de reducción de los aranceles a las importaciones y de apertura del mercado»; pese a numerosos problemas, ha «cumplido los plazos y aprobado las leyes»[2]. El problema en las relaciones chino-estadounidenses al iniciarse el si-

[1] R. Holbrooke, «China Makes Its Move», *The Washington Post,* 27 de mayo de 2005.

[2] H. Winn, Howard, «Accession has Brought Changes to China and WTO», *International Herald Tribune,* 7 de noviembre de 2005. Entre otras condiciones, antes de poder incorporarse a la OMC China tuvo que aceptar que otros miembros pudieran restringir sus importaciones de tejidos y ropa china si éstas aumentaban demasiado y perturbaban excesivamente su mercado. En 2005 la Unión Europea y Estados Unidos hicieron uso de esa previsión para volver a imponer cuotas a sus importaciones de

o XXI ya no es el acceso comercial de Estados Unidos a China, sino que esta últi-
a ha sustituido a Estados Unidos como la economía de crecimiento más rápido
el mundo y busca un acceso comercial a Estados Unidos igual al de otros países.
arafraseando la metáfora de Hay, el problema no es sólo que el centro de la voráne mundial se haya desplazado a China, algo que hoy es todavía más cierto que
ice un siglo; el problema es la percepción generalizada en Estados Unidos de que
na «vorágine roja» centrada en China, como decía Lou Dobbs en su programa del
7 de junio de 2005 en la CNN, «estaba llegando a nuestras costas y llamando a
estras puertas».

Tras madurar durante años, la cuestión de lo abierta que debe estar la «puerta»
tadounidense a las importaciones y la inversión desde China estalló provocando
andes aspavientos al conocerse la oferta de la Compañía Nacional China de Peóleo Marítimo, conocida por su sigla en inglés CNOOC [China National Offsho-
Oil Company] para adquirir la empresa petrolera estadounidense Unocal. Aune Unocal había aceptado ya ser absorbida por Chevron, como finalmente lo fue,
30 de junio de 2005 la Cámara de Representantes aprobó por 398 votos contra
5 una resolución afirmando que permitir a la CNOOC comprar Unocal «amenaría la seguridad nacional de Estados Unidos». Las emociones se dispararon. Un
rector de la Agencia Central de Inteligencia en el gobierno de Clinton calificó a
CNOOC de instrumento empresarial de «una dictadura comunista», haciéndose
o de la retórica de Dobbs sobre la «vorágine roja»; un alto funcionario del Deparmento de Defensa en el gobierno de Reagan describió la iniciativa de la CNOOC
omo un paso para proporcionar a China los recursos que necesitaba «para sustiir a Estados Unidos como principal potencia económica del mundo, y si era nesario, derrotarnos militarmente»[3].

Por difícil que resulte discernir dónde acaba el anticomunismo de la Guerra Fría
dónde empieza la preocupación frente a un nuevo competidor, el pánico de 2005
raíz de la oferta de la CNOOC por Unocal recuerda las preocupaciones estadoudenses de finales de la década de 1980 frente a la «amenaza japonesa». Como reerda Doug Henwood, entonces se decía que «tras destruir nuestra base industrial
ediante una competencia "desleal", los japoneses habían iniciado la compra de acos estadounidenses como bonos del Tesoro, el centro Rockefeller y la MCA. La
nenaza real, por supuesto, era que Estados Unidos estaba afrontando un serio
ompetidor económico [...] Que además fuera asiático proporcionaba a los más inietos un profundo depósito de prejuicios y rencores al que recurrir. La burbuja

---

tículos chinos. Véase J. Kanter y K. Bradsher, «A Return to Quotas», *The New York Times,* 9 de noembre de 2005.

[3] S. Lohr, «Who's Afraid of China Inc.?», *The New York Times,* 24 de julio de 2005.

japonesa se desinfló y la amenaza del peligro amarillo se desvaneció; pero ahí la tenemos de nuevo, esta vez con rostro chino»[4].

Hasta observadores como Paul Krugman, quien hace quince años pedía a la opinión pública estadounidense que no se sobresaltara por las compras japonesas de empresas estadounidenses, juzgaba que el «desafío chino parece mucho más serio de lo que lo fue nunca el japonés». Krugman no encontraba «nada sorprendente» el hecho de que los chinos no parecieran ya «satisfechos con el papel de financieros pasivos [de la deuda exterior estadounidense] y reclamaran el poder que va anejo a la propiedad». De hecho, Estados Unidos debería sentirse aliviado de que los chinos traten de utilizar sus dólares para comprar empresas estadounidenses en lugar de competir deslealmente con ellas; sin embargo veía dos aspectos en los que la inversión china difería de la japonesa de quince años antes. Uno es que los chinos no muestran intención de «dilapidar su dinero [en inversiones de gran prestigio] como tan torpemente hicieron los japoneses». Sus inversiones, por lo tanto, no serán sólo una subvención a Estados Unidos como lo fueron las japonesas. Pero la razón más importante es que «China, a diferencia de Japón, parece estar emergiendo realmente como un rival estratégico de Estados Unidos y un competidor por los recursos escasos», lo cual convertía la oferta china por Unocal, una empresa energética de alcance global, en «algo más que un propuesta de negocio».

> Unocal suena [...] exactamente como el tipo de empresa que el gobierno chino podría querer controlar si preparara una especie de «gran juego» en el que las principales potencias económicas se enfrentaran por el acceso a grandes reservas de petróleo y gas natural (comprar una empresa es mucho más barato, en vidas y en dinero, que invadir un país productor de petróleo) [...] Si de mí dependiera, yo bloquearía la oferta china por Unocal; pero sería mucho más fácil adoptar esa decisión si Estados Unidos no fuera ya tan dependiente de China, no sólo para comprar sus promesas de pago, sino para que le ayude a hacer frente a Corea del Norte mientras el ejército estadounidense siga empantanado en Iraq[5].

En este diagnóstico se muestran a las claras todos los síntomas del síndrome de China examinado en el capítulo 7. Los atentados del 11 de Septiembre dieron a los neoconservadores del gobierno de Bush la oportunidad de oro que estaban esperando para invadir Iraq con el doble objetivo de superar el síndrome de Vietnam y reforzar el control estadounidense sobre los recursos energéticos globales. Aunque el compromiso en el frente de Asia occidental suponía dejar a un lado la campaña de

---

[4] D. Henwood, «Chinese Shark Attack», *The Nation,* 12 de julio de 2005.

[5] P. Krugman, «The Chinese Challenge», *International Herald Tribune,* 28 de junio de 2005.

presión sobre China preconizada desde hacía tiempo por los neoconservadores, creían razonablemente que una victoria fácil y rápida en Iraq crearía condiciones muy favorables para reanudar con mayor eficacia esa campaña. Pero en el verano de 2004 estaba ya claro que la invasión de Iraq no iba a alcanzar sus objetivos originales y que por el contrario estaba facilitando la consolidación y mayor expansión de la pujanza económica y política de China en la región de Asia oriental y más allá de ella. En círculos próximos al gobierno de Bush comenzó a crecer la sensación de que se estaba perdiendo impulso en la campaña para sofrenar a China y que había llegado el momento de diseñar alternativas más realistas al fallido plan neoconservador.

Mi propósito en este capítulo es examinar tres de esas alternativas, los problemas que plantean y las razones por las que la actitud estadounidense hacia China se ha caracterizado por una mezcla incoherente de las tres. Las tres alternativas han sido propuestas por conservadores, pero constituyen posibilidades lógicas distintas que, en una variante u otra, puede esperarse que orienten la política estadounidense sea cual sea el partido que gobierne en Washington. Es difícil decir cuál de estos planes acabará prevaleciendo. Lo único que podemos decir con seguridad es que la retórica antichina atraviesa las líneas de partido y que es improbable que un gobierno demócrata se aleje del repertorio de medidas puestas en práctica por los republicanos.

Desconcierto frente al ascenso chino

Estados Unidos tiene la costumbre de enviar a China señales «caprichosamente ambiguas».

> Usted puede jugar en la liga capitalista pero sin pretender aspirar al campeonato. Ese mensaje, como en el caso del «cachete» a Japón durante la década de 1980, es en el mejor de los casos paranoide y en el peor racista. A los occidentales se nos puede confiar un poder económico enorme, pero no a los hijos de un dios menor»[6].

El pánico desatado por la puja de la CNOOC por Unocal envió señales aun más contradictorias. Según Clyde V. Prestowitz, fundador y presidente del Economic Strategy Institute y asesor del secretario de Comercio en el gobierno de Reagan, «les dimos a los chinos el dinero que ahora están utilizando para tratar de comprar Unocal, y pretendemos decirles ahora que sigan invirtiendo en nuestros bonos pero que no puede invertir ni una pizca de sus excedentes en una compañía petrolera. Esto

[6] R. Scheer, «On China at least, Nixon was right», *Angeles Times,* 26 de julio de 2005.

es realmente confuso e hipócrita por nuestra parte»[7]. Y lo que es aún peor, los legisladores que «autorizaron la conquista "preventiva" del país con las segundas reservas mundiales de petróleo en el planeta cuestionan ahora el derecho de China a utilizar los dólares que han ganado exportando productos legales para comprar una empresa multinacional basada en Estados Unidos». Mientras que los asiáticos «no deberían sentirse en absoluto amenazados [por] la pertenencia a Unocal de yacimientos de gas natural en su continente», demócratas y republicanos proclaman al unísono el derecho de Estados Unidos a impedir por razones de seguridad nacional que los chinos compren Unocal, aunque Estados Unidos sea «el único país con poderío militar suficiente para imponer o impedir un bloqueo mundial de [petróleo] o cualquier otro recurso vital»[8].

Estas señales contradictorias y todo el caso de la CNOOC formaban parte de un giro de la política estadounidense hacia una actitud más beligerante hacia China. Ya en la Convención del Partido Republicano celebrada en Nueva York en agosto de 2004 se proclamó que «Estados Unidos ayudará a Taiwán a defenderse». Aquel mismo verano la Armada estadounidense llevó a cabo la «Operación Pulso de Verano '04», que suponía el despliegue simultáneo de siete de los doce grupos aeronavales de combate estadounidenses. Aunque al Pacífico sólo se enviaron tres de ellos, aquella exhibición de fuerza alarmó profundamente a los chinos. Para calmar los ánimos, el 26 de octubre el secretario de Estado Powell declaró a la prensa en Pekín que «Taiwán no es independiente. No disfruta de soberanía como nación y ésa sigue siendo nuestra posición, nuestra firme posición [...] Queremos que ninguno de los dos bandos emprenda acciones unilaterales que perjudicarían el resultado final, una reunificación que todos desean»[9].

Pese a la inequívoca declaración de Powell, tras las elecciones de noviembre de 2004 y su sustitución por Condoleezza Rice como secretaria de Estado, la política estadounidense viró ostensiblemente hacia una actitud agresivamente antichina. El 19 de febrero de 2005 Estados Unidos y Japón firmaron un nuevo tratado militar y dieron a conocer una declaración en la que Japón señalaba por primera vez junto a Estados Unidos la seguridad en el estrecho de Taiwán como un «objetivo estratégico común». «Nada podría haber sido más alarmante para los dirigentes chinos –apunta Chalmers Johnson– que la revelación de que Japón había puesto fin a seis décadas de pacifismo oficial reclamando su derecho a intervenir en el estrecho de

---

[7] Citado en S. Lohr, «Who's Afraid of China Inc.?», *The New York Times,* 24 de julio de 2005.

[8] R. Scheer, cit. Véase también A. M. Jaffe, «China's Oil Thirst. Wasted Energy», *International Herald Tribune,* 28 de julio de 2005.

[9] Chalmers Johnson, «No Longer the 'Lone' Superpower. Coming to Terms with China», Japan Policy Research Institute, www.jpri.org, 2005, p. 7.

Taiwán»[10]. La agencia de noticias Xinhua [Nueva China] calificaba aquella declaración conjunta como algo «sin precedentes» y citaba la declaración de un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de que China «se opone resueltamente a que Estados Unidos y Japón adopten ningún acuerdo bilateral con respecto al Taiwán chino, lo que significa inmiscuirse en asuntos internos chinos y atenta contra la soberanía china»[11].

Pocos meses después, el 4 de junio, Rumsfeld pronunció en Singapur una conferencia sobre estrategia en la que señaló que China «parece estar mejorando sus misiles, lo que le permitiría alcanzar objetivos en muchas áreas del mundo», y que además estaba «reforzando su capacidad de proyectar poder» en la región. A continuación añadió: «Dado que ningún país amenaza a China, cabe preguntarse: ¿por qué esa inversión creciente? ¿por qué esa prolongada y ampliada adquisición de armas? ¿por qué esos continuos despliegues de fuerza?». Considerando que los aviones y buques de guerra estadounidense merodean incesantemente por las inmediaciones de las costas chinas; que hay misiles estadounidenses con cabezas nucleares dirigidos hacia China; que bases estadounidenses rodean China por todas partes; y que durante los últimos diez años Estados Unidos ha entregado armas cada vez más potentes a Taiwán, «para Pekín –observa Michael Klare– esos comentarios [de Rumsfeld] debieron de ser sorprendentes». Sorprendentes o no, «mostraban un mayor grado de beligerancia hacia China que el expresado en cualquier declaración oficial estadounidense desde el 11 de Septiembre y fueron ampliamente entendidos así en la prensa estadounidense y asiática»[12].

Un mes después, un informe sobre la capacidad de combate china dado a conocer por el Pentágono confirmaba esa actitud beligerante. Aunque el documento destacaba las debilidades y los puntos fuertes del ejército chino, su principal afirmación era que China estaba ampliando su capacidad bélica más allá de su propio territorio y que eso constituía un peligroso desafío al orden global. «La velocidad y alcance del esfuerzo militar chino –afirmaba el informe– pueden poner en peligro los equilibrios militares regionales. Las tendencias actuales de la modernización militar china pueden proporcionar al país una fuerza capaz de llevar a cabo toda una variedad de operaciones militares en Asia –mucho más allá de Taiwán– y plantean potencialmente una amenaza creíble a los ejércitos modernos que operan en la región». El gobierno chino reaccionó inmediatamente. En un encuentro convocado a toda prisa, un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores le dijo al em-

---

[10] *Ibid.*

[11] Citado en M. Klare, «Revving Up the China Threat. New Stage in US China policy», *Japan Focus,* 13 de octubre de 2005.

[12] *Ibid.*

bajador estadounidense que ese informe difundía deliberadamente la teoría de una «amenaza china». «Interfiere abiertamente en los asuntos internos chinos y es una provocación contra las relaciones de China con otros países»[13].

En el momento en que se propagó el pánico en el Congreso y en los medios por la oferta de la CNOOC por Unocal, el gobierno de Bush había reanudado ya su campaña para poner freno y posiblemente hacer retroceder el poder chino. A este respecto, no obstante, distraído como estaba por la guerra en Iraq, el gobierno había quedado por detrás del Congreso en el sentimiento antichino, especialmente en relación con el déficit comercial estadounidense y las prácticas chinas, supuestamente desleales, que lo provocaban. De hecho, la reanudación por parte del gobierno de iniciativas antichinas en la esfera geopolítica se puede interpretar como un intento de contrarrestar la presión del Congreso en favor de otras iniciativas más enérgicas en la esfera comercial.

Todo este planteamiento puede constatarse en la distinción establecida por el neoconservador Max Boot entre «la buena acometida contra China y la mala acometida contra China». Como él mismo explicó, «la mala acometida se centra en las quejas por el diluvio de artículos chinos sobre nuestro mercado. El hecho es que su éxito muestra la falta de competitividad de nuestra economía; pero los comentarios de Rumsfeld [que China está gastando demasiado en su presupuesto militar y no emprende con la suficiente rapidez las reformas hacia "un gobierno más abierto y representativo"] son una buena acometida, porque el rápido equipamiento militar de China [...] [amenaza] a Taiwán y puede desatar una carrera de armamentos que lleve a la nuclearización de Japón, Corea del Sur y Taiwán». En opinión de Boot, por eso debe frenar China su gasto militar, pese a que el gasto militar estadounidense sea entre cinco y diez veces mayor, y aceptar el *statu quo* asiático y que la seguridad regional quede garantizada por las fuerzas estadounidenses[14].

Los argumentos de Boot son coherentes en general con la doctrina de Seguridad Nacional de septiembre de 2002, según la cual las fuerzas estadounidenses «deben ser lo bastante fuertes como para disuadir a potenciales adversarios de emprender un fortalecimiento militar con la esperanza de sobrepasar o igualar el poder de Estados Unidos». Sin embargo, en el nuevo clima de susceptibilidad global hacia el matonismo estadounidense y la creciente dependencia económica de Estados Unidos con respecto a China, el gobierno de Bush ha tenido que hilar más fino en su pretensión de preservar el poderío estadounidense. De ahí su renuencia a emprender medidas proteccionistas que podrían provocar represalias chinas que elevarían los tipos de interés estadounidenses con consecuencias deflacionarias im-

---

[13] *Ibid.*

[14] Citado en R. Cohen, «Shaping China's Future Power», *The New York Times,* 12 de junio de 2005.

predecibles sobre el sector de la construcción y el gasto en consumo en Estados Unidos. Como decía en julio 2005 el presidente del Consejo de Asesores Económicos de Bush (y sucesor de Alan Greenspan al frente de la Reserva Federal desde el 1 de febrero de 2006), Ben S. Bernanke, el gobierno estadounidense no contaba con «otra opción que la paciencia» para crear condiciones que le permitan invertir los papeles y hacer de Estados Unidos un país más productivo, capaz de aumentar sus exportaciones a Asia y de inducirla –especialmente a China– a adoptar el papel de consumidor[15].

A pesar de la mayor beligerancia hacia China en cuestiones geopolíticas (la «buena acometida contra China» de Boot), las dificultades en Iraq exigían una actitud más realista también en esa esfera. El nuevo «realismo nacido en Iraq, una empresa tan costosa en términos de estatus y credibilidad estadounidense en el mundo que ha complicado, y puede hacer impracticable, cualquier nuevo ejercicio de acción preventiva en la guerra contra el terror», se hizo pronto evidente en «un esfuerzo por reparar parte del daño del primer gobierno [de Bush] estrechando lazos con nuestros aliados, escuchándoles e intentando una cooperación con ellos [en diversos asuntos] desde Irán hasta Kosovo»[16]. Esta actitud más realista nacida en Iraq era sin embargo difícil de fijar allí donde es más importante, esto es, en las relaciones chino-estadounidenses. Además, qué podía significar el realismo en las relaciones chino-estadounidenses era (y todavía sigue siendo) una cuestión muy controvertida incluso entre los conservadores. La amplia diversidad de posiciones queda bien ilustrada por las propuestas radicalmente opuestas de Robert Kaplan, Henry Kissinger y James Pinkerton.

¿Hacia una nueva Guerra Fría?

La posición de Kaplan parte de la estrategia de Mearsheimer de contener el poder de China mediante una «coalición equilibradora»[17]. Como Mearsheimer, Kaplan asume que la irrupción de China como gran potencia es inevitable y que también lo es en consecuencia el choque con los intereses estadounidenses. «Siempre que han surgido grandes potencias [...] (Alemania y Japón en las primeras décadas del siglo XX, por citar dos ejemplos recientes), han solido mos-

---

[15] L. Uchitelle, «China and the U.S. Embark on a Perilous Trip», *The New York Times,* 23 de julio de 2005.

[16] R. Cohen, «Shaping China's Future Power», cit.

[17] Las opiniones de Mearsheimer ya se mencionaron en el capítulo 7 y se examinarán con más detalle en el capítulo 11.

trarse particularmente enérgicas, con lo que han suscitado considerable agitación en los asuntos internacionales. China no será una excepción». Muy legítimamente, en opinión de Kaplan,

> Los chinos [han invertido] en submarinos con motores diesel y nucleares [...] no sólo para proteger sus costas sino también para salvaguardar las rutas marítimas por las que les llegan recursos energéticos desde Oriente Próximo y otros lugares. Naturalmente, no confían en que Estados Unidos [...] lo haga por ellos. Dado lo que está en juego y lo que la historia nos enseña sobre los conflictos generados cuando distintas grandes potencias persiguen sus legítimos intereses, es probable que el resultado sea el principal conflicto militar del siglo XXI: si no una gran guerra con China, sí al menos una serie de confrontaciones del estilo de la Guerra Fría durante décadas[18].

A fin de ganar esa nueva Guerra Fría, Estados Unidos «debe enfocar el poder de la forma más prudente, mecánica y utilitaria posible, evaluando y sopesando los equilibrios regionales de poder» sin «dejarse llevar por arrebatos de internacionalismo liberal o de intervencionismo neoconservador». Como sucedió en el caso de presidentes republicanos moderados como George H. W. Bush, Gerald Ford y Richard Nixon, la gestión del riesgo debe convertirse de nuevo en «ideología de gobierno». Habrá que evitar cuidadosamente aventuras militares como la guerra en Iraq. «Incluso si la intervención en Iraq acaba teniendo éxito desde el punto de vista de la democracia, seguramente será un éxito obtenido al borde del fracaso que nadie en la elite militar o diplomática querrá repetir, especialmente en Asia, donde las repercusiones económicas de una aventura militar caótica serían enormes [...] ya que Estados Unidos y China [...] pueden mantener una guerra prolongada aunque pierdan alguna gran batalla o intercambio de misiles». Con el fin de evitar una aventura tan peligrosa, Kaplan propone una estrategia bismarckiana de contención centrada en el Mando del Pacífico estadounidense, conocido como PACOM. Siguiendo al comentarista alemán Josef Joffe, asegura que la invasión de Afganistán planteó una situación en la que Estados Unidos se parecía a la Prusia de Bismarck. Gran Bretaña, Rusia y Austria necesitaban a Prusia más de lo que se necesitaban mutuamente, por lo que hicieron de «radios» del «centro» berlinés. La invasión de Afganistán mostró que Estados Unidos podía forjar diferentes coaliciones para diferentes crisis, ya que las demás potencias del mundo necesitaban a Estados Unidos más de lo que se necesitaban mutuamente.

---

[18] Robert D. Kaplan, «How We would Fight China», *The Atlantic Monthly* (junio 2005), pp. 50-51.

Desgraciadamente, Estados Unidos no capitalizó inmediatamente ese nuevo dispositivo de poder, porque el presidente George W. Bush carecía de la capacidad de matización y autolimitación de Bismarck, quien entendió que tal sistema sólo podía durar en la medida en que no se tensara en exceso, que es precisamente lo que hizo el gobierno de Bush durante la preparación de la invasión de Iraq, que llevó a Francia, Alemania, Rusia y China, junto con un montón de potencias menores como Turquía, México y Chile, a unirse contra nosotros[19].

fortunadamente, empero, en el Pacífico sí prosperó un dispositivo de estilo arckiano, «ayudado por el pragmatismo de nuestros jefes militares en Hawai, co husos horarios de distancia del vivero ideológico de Washington DC». De o, afirma Kaplan, el PACOM «representa una versión mucho más pura de la restructura imperial bismarckiana que cualquier otra iniciativa del gobierno de antes de invadir Iraq». Al negociar acuerdos de seguridad bilateral con países tienen pocas ligazones de ese tipo entre sí, el ejército estadounidense había ado en el Pacífico algo así como una alianza militar, centrada en «un núcleo ráfico relativamente aislado –las islas Hawai– con radios que llegaban a alia- mportantes como Japón, Corea del Sur, Tailandia, Singapur, Australia, Nueva nda y la India. Esos países, a su vez, podían formar núcleos secundarios para arnos a gestionar los archipiélagos de Melanesia, Micronesia y Polinesia, entre lugares, y también el océano Índico»[20].

sta «estructura amplia pero flexible», liberada del estorbo de una burocracia di- ática, constituye un sustituto «bien lubricado y a punto» del sistema de alianzas segunda mitad del siglo XX. «La guerra desde comités, practicada por la OTAN, vuelto demasiado engorrosa en una época que requiere golpes rápidos y letales». r la interoperabilidad con ejércitos asiáticos amigos, moviendo constantemente opas estadounidenses de unas maniobras de entrenamiento a otras, «significaría nejora sobre la OTAN, cuya capacidad de combate se ha visto obstaculizada por orporación de ejércitos de escaso nivel del antiguo bloque del Este». Además, ensiones entre Estados Unidos y Europa impiden actualmente la integración mi- mientras que nuestros aliados del Pacífico, en particular Japón y Australia, de- un mayor compromiso militar con Estados Unidos para contrarrestar el ascenso Armada china». Apostar por el PACOM no significa renunciar a la OTAN; por ntrario, «la vitalidad de la propia OTAN [...] podría renacer gracias a la Guerra en el Pacífico, y de hecho el resurgimiento de la OTAN como instrumento béli- dispensable debería ser un objetivo irrenunciable de Estados Unidos».

Ibid., p. 50.

Ibid., pp. 51, 54-55.

> A nosotros nos corresponde dirigir la OTAN, y no a la cada vez más poderosa Unión Europea, cuya propia fuerza de defensa, si se convirtiera en realidad, aparecería inevitablemente como una potencia regional competidora que podría llegar a alinearse con China y contra nosotros [...] La OTAN y una fuerza de defensa europea autónoma no pueden prosperar a la vez. Sólo puede hacerlo una de ellas y nosotros queremos que sea la primera, de forma que Europa sea para nosotros un activo militar y no un pasivo en nuestra confrontación con China[21].

Con otras palabras, la idea de que Estados Unidos «deje de participar en el "cínico" juego de la política de gran potencia es ilusoria». «Tendremos que seguir desempeñando varios papeles y alinear a diversos países contra China, del mismo modo que Richard Nixon jugó con Estados moralmente no muy irreprochables contra la Unión Soviética». La escena será esta vez el Pacífico y no el Atlántico y el protagonista principal será el PACOM en lugar de la OTAN; pero la finalidad del juego será en gran medida la misma: «disuadir a China tan sutilmente que con el tiempo ese Leviatán naciente se vea arrastrado al sistema de alianzas del PACOM sin llegar a ninguna confrontación a gran escala, del mismo modo que la OTAN pudo neutralizar en último término a la Unión Soviética». Kaplan advierte que los esfuerzos estadounidenses en esa dirección «requerirán una cautela muy particular, porque China, a diferencia de la antigua Unión Soviética (o Rusia hoy día), emplea tanto el poder blando como el duro». Al establecer comunidades empresariales y puestos diplomáticos avanzados y al negociar acuerdos de construcción y comercio en todo el globo, «los chinos se están convirtiendo en maestros de la influencia indirecta». Además, «a la gente del mundo empresarial les encanta la idea de China [...] La mezcla china de autoritarismo tradicional y economía de mercado tiene un gran atractivo cultural en toda Asia y otras partes del mundo, y como China está mejorando el bienestar material de cientos de millones de sus ciudadanos, la suerte de sus disidentes no tiene el mismo relieve ni se vende tan bien como la de los Sajarovs y Sharanskys de la Unión Soviética»[22].

La estrategia de Nueva Guerra Fría de Kaplan refleja indudablemente una importante corriente de pensamiento en el gobierno de Bush. Por ejemplo, de acuerdo con un experto en seguridad en Asia y antiguo funcionario de Defensa, «la palabra clave en el Pentágono es la "interoperabilidad" entre Estados Unidos y Taiwán». La cooperación entre ambos se está «acercando realmente a restablecer la alianza» que existía entre Taiwán y Estados Unidos antes de que Washington se decidiera a reconocer a Pekín. Aunque ni Japón ni Estados Unidos quieren admitirlo,

---

[21] *Ibid.*, p. 64.
[22] *Ibid.*, p. 54.

diplomático retirado, ahora en la Heritage Foundation* afirma que hay «mas, cho más de lo que parece» en los intercambios de información entre las fuerzas onesas y taiwanesas a través del Mando del Pacífico estadounidense[23].

Más significativo aún es que se pueden detectar elementos de la estrategia de Ka- n en el testimonio del almirante William Fallon, comandante del PACOM, ante Comité de Servicios Armados del Senado el 8 de marzo de 2005, tres meses an- de la publicación del artículo de Kaplan. Para contrarrestar la modernización itar de China, Fallon pedía una mejora en las capacidades bélicas antimisiles y isubmarinas estadounidenses, junto con un refuerzo de los vínculos militares es- lounidenses con viejos y nuevos aliados en Asia, destinado a contener a China en territorio nacional. Describía el Theater Security Cooperation Plan [Plan para la ejora de la Cooperación Militar] con los aliados estadounidenses en la región mo «uno de los medios primordiales a través de los que extendemos la influen- estadounidense, desarrollamos el acceso y promovemos la competencia entre tenciales socios de la coalición». Esa cooperación suele incluir el abastecimiento armas y ayuda militar, maniobras militares conjuntas, consultas regulares entre os mandos militares y la ampliación o establecimiento de bases militares esta- unidenses. En Japón, por ejemplo, el PACOM está cooperando en el desarrollo njunto de un sistema regional de defensa con misiles balísticos; en Filipinas cola- ra en la organización y modernización de las fuerzas armadas nacionales; en Sin- pur –que ya hospeda a los portaaviones estadounidenses de visita– «estamos ex- orando oportunidades para ampliar el acceso a sus instalaciones». Fallon también escribía los esfuerzos para incluir a la India en la coalición. «Nuestra relación con Junta de Defensa Integrada india y los Servicios Armados indios sigue aumen- ndo», señaló. «Los intereses de seguridad estadounidenses e indios siguen con- rgiendo a medida que nuestra cooperación militar lleva a una asociación estraté- ca más estrecha»[24].

De ese testimonio parece deducirse que la estrategia de Nueva Guerra Fría de aplan no es sino una reformulación de planes preconizados por el propio PACOM; sin embargo, tres meses después de la publicación del artículo de Kaplan, Fallon

---

* Un «grupo de reflexión» conservador, basado en «los principios de la libre empresa, el gobier- reducido, la libertad individual y los valores americanos tradicionales», financiado entre otros por multimillonario Richard Mellon Scaife, que publica informes sobre cuestiones de política interna, onómica, exterior y de defensa. *[N. del T.]*

[23] Mure Dickie, Victor Mallet y Demetri Sevastopulo, «Washington is Turning its Attention From e Middle East to Contemplate a Previously Disregarded Threat That the Bush Administration Now ees as More Worrying Even Than North Korea's Nuclear Weapons Programme», *Financial Times*, 7 abril de 2005.

[24] M. Klare, «Revving Up the China Threat. New Stage in US China policy», cit.

rechazó explícitamente la idea de que sea probable que una serie de conflictos del estilo de la Guerra Fría durante años y décadas constituya el principal conflicto militar del siglo XXI. «¿Nos vemos en conflicto debido al ascenso de China? No lo creo –declaró–. A medida que crezcan, tenderán inevitablemente a aprovechar su capacidad económica para mejorar su capacidad militar. Deberíamos reconocerlo como una realidad. Éste no es un juego de suma cero». A pesar de las observaciones de Rumsfeld cuestionando los motivos de China para modernizar sus fuerzas militares, Fallon prosiguió afirmando que había recibido de Washington un claro mandato de construir una red de contactos con el gobierno y los militares chinos mediante la que se pudiera gestionar, más que rechazar, el solapamiento de poder[25].

No sabemos si se trata únicamente de retórica ante las cámaras destinada a encubrir lo que sucede entre bastidores; pero lo que sí sabemos es que la de Kaplan no es la única ruta de regreso al realismo de presidentes republicanos moderados como Nixon, Ford y Bush I. Por el contrario, el padre intelectual de ese realismo ha venido proponiendo una ruta muy diferente.

¿Hacia el ajuste y la acomodación?

Pese a sus advertencias con respecto a las diferencias fundamentales entre las fuentes del actual poder chino y el antiguo poder soviético, la estrategia de Kaplan se basa en la premisa de que el desafío chino, como el soviético, es en último término militar y puede afrontarse eficazmente mediante la manipulación de un sistema de alianzas militares centrado ahora en el Pacífico como antes lo estuvo en el Atlántico. En un artículo que se publicó coincidiendo aproximadamente con el de Kaplan, Kissinger presentó una posición realista radicalmente diferente. Aunque estaba de acuerdo en que «el centro de gravedad de los asuntos mundiales se está desplazando del Atlántico [...] al Pacífico», Kissinger ponía en duda la suposición de que una confrontación estratégica con China sea inevitable.

> Esa suposición es tan peligrosa como equivocada. El sistema europeo del siglo XIX suponía que sus principales potencias acabarían defendiendo sus intereses por la fuerza. Cada una de ellas pensaba que la guerra sería corta y que al final su posición estratégica habría mejorado[26].

---

[25] E. Cody, «Shifts in Pacific Force. U.S. Military to Adapt Thinking», *The Washington Post,* 17 de septiembre de 2005.

[26] Henry A. Kissinger, «China. Containment Won't Work», *The Washington Post,* 13 de junio de 2005.

n un mundo globalizado de armas nucleares, tales cálculos no tienen sentido. guerra entre potencias importantes sería una catástrofe para todos los partici- es; no habría vencedores». Además, el tipo de imperialismo militar que llevó a nania a desafiar a Gran Bretaña superando sus fuerzas navales y a tratar de hu- ır a Rusia a propósito de Bosnia en 1908 y a Francia en las dos crisis sobre Ma- :os en 1905 y 1911 «no es el estilo chino».

> Clausewitz, el principal estratega teórico occidental, se dedicó al estudio de la preparación y conducción de una batalla central. Sun Tzu, su homólogo chino, se concentró en cambio en el debilitamiento psicológico del adversario. China persigue sus objetivos mediante un estudio concienzudo, paciente y acumulando matices, y raramente se arriesga a un enfrentamiento a vida o muerte en el que el ganador se lo lleva todo[27].

Iay otras razones que distinguen a China de Unión Soviética. Ésta heredó una ición de expansión territorial que extendió Rusia desde la región en torno a cú a un imperio que llegaba desde Europa central hasta Vladivostok, mientras «el Estado chino se mantiene sustancialmente en sus dimensiones actuales des- ıace dos mil años». Y lo que es más importante, la proclamación por parte de ıa de sus intenciones de cooperación y su rechazo a un desafío militar expresa alidad estratégica de una situación en la que «incluso en su estimación más alta, resupuesto militar chino no llega a la quinta parte del estadounidense [...] ape- por encima del de Japón y [...] mucho menor que la suma de los presupuestos tares de Japón, India y Rusia, países los tres fronterizos con China, por no ha- de la modernización militar de Taiwán propulsada por las decisiones tomadas 001 por Estados Unidos [...] El desafío que China plantea para el futuro a me- plazo será con toda probabilidad político y económico, y no militar»[28].

De ahí se sigue que aplicar a China la política de contención militar de la Gue- Fría como propone Kaplan «es imprudente». Una Guerra Fría con Estados Uni- puede tener «un efecto potencialmente catastrófico [...] para la continua me- del nivel de vida [chino], de la que depende la legitimidad del gobierno». Pero no significa que una Guerra Fría con China beneficie a Estados Unidos. «Ten- mos pocos seguidores en ningún país de Asia. Los países asiáticos seguirían co- ciando con China. Suceda lo que suceda, China no desaparecerá». El interés es- ounidense reside, por lo tanto, en cooperar con China en la construcción de un ema internacional estable. En tal proyecto, añade Kissinger,

---

[27] *Ibid.*
[28] *Ibid.*

> Las actitudes son psicológicamente importantes. China debe ser prudente con las políticas que parecen excluir a Estados Unidos de Asia y con nuestra sensibilidad respecto a los derechos humanos [...] Estados Unidos tiene que entender que un tono arrogante evoca en China el recuerdo de la condescendencia imperialista y que no es apropiado para tratar con un país que ha mantenido su autogobierno ininterrumpidamente durante cuatro mil años[29].

La posición realista de Kissinger es ostensiblemente compatible con la doctrina china del *heping jueqi* (literalmente, «emerger rápidamente de forma pacífica»). Formulada por primera vez en 2003 en el Foro Boao para Asia –el intento chino de crear un foro económico mundial para Asia parecido al de Davos– esa doctrina, basada en investigaciones históricas encargadas por el Politburó sobre experiencias anteriores de potencias emergentes y las reacciones que desencadenaron, fue presentada como una refutación directa de la idea de una «amenaza china» y como una ofensiva diplomática destinada a contrarrestar la estrategia estadounidense de cercar a China con una red de bases militares y alianzas con sus vecinos. La tesis central del *heping jueqi* es que China puede evitar, y lo hará, la vía de expansión agresiva seguida por anteriores potencias emergentes. En palabras de Zheng Bijian, uno de los redactores y principales promotores de la doctrina, «China no emprenderá la vía que siguió Alemania en los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial o Alemania y Japón en la Segunda, utilizando la violencia para apoderarse de recursos y buscar la hegemonía mundial»[30], sino que por el contrario, como expuso un investigador en una reunión organizada por el gobierno, «China pretende crecer y avanzar sin trastornar el orden existente. Estamos tratando de crecer de una forma que beneficie a nuestros vecinos»[31].

Desde que se presentó, esa expresión de «ascenso/surgimiento pacífico» ha sido atacada desde diversos frentes, tanto dentro como fuera del partido comunista. En un extremo está la gente que, siguiendo la máxima de Deng Xiaoping de que China debe «ocultar su brillo», piensa que hablar de *ascenso,* por pacífico que sea, alimenta las ideas sobre una amenaza china. En el polo opuesto está la gente que piensa que hablar de un ascenso *pacífico* significa enviar a Estados Unidos y Taiwán el mensaje de que pueden hostigar insolentemente a China. «La dirección política oscila entre esos dos polos»[32]. Aunque la expresión «ascenso pacífico» ha sido aban-

---

[29] *Ibid.*

[30] Citado en M. Leonard, «China's Long and Winding Road», *Financial Times,* 9-10 de julio de 2005.

[31] Citado en Y. Funabashi, «China is Preparing a Peaceful Ascendancy», *International Herald Tribune,* 30 de diciembre de 2003.

[32] M. Leonard, «China's Long and Winding Road», cit.

donada en silencio en favor del «desarrollo pacífico» o la «coexistencia pacífica», la doctrina subyacente ha permanecido no obstante firmemente asentada, como atestigua la proclamación por el presidente Hu Jintao en 2004 de los «cuatro noes» («no a la hegemonía, no a la fuerza, no a los bloques, no a la carrera de armamentos»), y los «cuatro síes» (sí «a generar confianza, a reducir las dificultades, a desarrollar la cooperación y a evitar la confrontación»)[33]. Los dirigentes chinos no ven ninguna contradicción entre su doctrina de «desarrollo pacífico» y su decisión de desarrollar fuerzas armadas más capaces, algo que entienden acorde con el desarrollo de China y como una respuesta natural a las humillaciones sufridas desde las Guerras del Opio de mediados del siglo XIX hasta la brutal invasión y ocupación japonesa de 1931-1945. «La política de defensa nacional de China es la de la autoprotección», proclamó el primer ministro Wen Jiabao en abril de 2005. «Durante los últimos cien años China se ha visto siempre acosada por otros. China no ha enviado ni un solo soldado para ocupar ni una pulgada del territorio de otro país»[34].

Hu reiteró el compromiso de China con el «desarrollo pacífico» durante una visita a las Naciones Unidas en Nueva York en septiembre de 2005, subrayando los retos que implica la gestión y mejora de la prosperidad de un país con 1.300 millones de habitantes. Según los funcionarios estadounidenses, tanto esos retos como la perspectiva general impresionaron a Bush[35]. Sin embargo, en una declaración exhaustiva de la posición del gobierno de Bush sobre China presentada poco después, el vicesecretario de Estado Robert Zoellick dijo que desde Estados Unidos se contempla «con mucha ansiedad». «La incertidumbre sobre cómo utilizará China su poder conducirá a Estados Unidos –y también a otros– a vigilar sus relaciones con China [...] Muchos países esperan que China efectúe un "ascenso pacífico", pero nadie pondría la mano en el fuego». Aunque aceptaba que «China no desea un conflicto con Estados Unidos», prosiguió señalando los índices por los que se evaluará el comportamiento chino. Entre éstos destacó: una explicación del gasto militar de China, sus intenciones y su doctrina; mayor apertura más que gestión de los mercados, incluido el monetario; menor tolerancia hacia el «creciente robo y falsificación de la propiedad intelectual»; asegurar el sometimiento de Corea del Norte a

---

[33] Citado en M. Bulard, «China. Middle Kingdom, World Centre», *Le Monde Diplomatique* (agosto 2005).

[34] M. Dickie, V. Mallet y D. Sevastopulo, «Washington is turning its attention...», cit., que aluden a la edulcorada versión de Wen Jiabao de las invasiones chinas de la India a principios de la década de 1960 y de Vietnam a finales de la de 1970. Sin embargo, como veremos en el capítulo 11, la imagen de China acosada por otros (especialmente Japón y las potencias occidentales), se ajusta perfectamente a la ejecutoria histórica desde las Guerras del Opio hasta la creación de la RPCh.

[35] P. Baker y P. P. Pan, «Bush's Asia Trip Meets Low Expectations», *The Washington Post,* 21 de noviembre de 2005.

un acuerdo para poner fin a su programa nuclear; el apoyo a los esfuerzos para poner fin a los programas nucleares de Irán y la contribución con más dinero a Afganistán e Iraq; dejar de intentar «maniobrar hacia una posición prominente de poder» en Asia estableciendo diversas alianzas; acelerar la reforma política celebrando elecciones a escala de distrito y provincia y «dejar de acosar a los periodistas que denuncian problemas»[36].

La propia longitud de la lista de condiciones de Zoellick, muchas de ellas imposibles de verificar o con escasa probabilidad de materializarse, mostraba más las preocupaciones estadounidenses que una agenda coherente, cuya carencia quedó evidenciada además por las señales ambiguas que el gobierno estadounidense siguió enviando a China. Durante una visita a este país en octubre de 2005, el secretario del Tesoro John W. Snow, que había criticado repetidamente la negativa china a permitir una flotación más libre del yuan, alabó el plan quinquenal que el PCCh acababa de aprobar como «no sólo beneficioso para China sino bueno para el mundo». Aplaudió especialmente el objetivo del plan de reducir la enorme distancia existente entre los habitantes de las ciudades y los cientos de millones de campesinos chinos, porque si éstos prosperan, aunque sea marginalmente, comprarán más artículos estadounidenses y el déficit comercial estadounidense con China disminuirá[37]. Poco después de que partiera Snow llegó a Pekín el propio Rumsfeld. Aunque volvió a criticar el gasto chino en defensa, llegó a un acuerdo con sus homólogos chinos para «colaborar en la mejora de los vínculos militares chino-estadounidenses e insertarlos de forma coherente en las relaciones bilaterales generales». De hecho, corrió el rumor de que en ese viaje Rumsfeld trató de vender armas estadounidenses a China, a pesar de que públicamente criticaba a sus dirigentes[38].

En la raíz de esas señales ambiguas podemos detectar las dificultades que la pérdida de credibilidad del poderío militar estadounidense en Iraq ha creado para la capacidad de Estados Unidos de seguir controlando o de aprovechar en su propio beneficio el «ascenso pacífico» de China. El fracaso en Iraq exigía una dosis mayor de realismo en la política estadounidense, pero al mismo tiempo hacía más difícil a Estados Unidos movilizar aliados en el tipo de contención militar del poder chino considerado, por ejemplo, en la estrategia de «Nueva Guerra Fría» de Kaplan. Baste mencionar el caso de Singapur, que Kaplan alabó como aliado estadounidense modelo en la coalición encabezada por el PACOM que proponía. Como dejó claro

---

[36] G. Kessler, «U.S. Says China Must Address Its Intentions», *The Washington Post,* 22 de septiembre de 2005.

[37] T. Sakai, «Hu Jintao's Strategy for Handling Chinese Dissent and U.S. Pressure», *Japan Focus,* 20 de noviembre de 2005.

[38] *Ibid.*

el influyente decano de la Escuela de Asuntos Públicos de Singapur Lee Kuan Yew, Kishore Mahbuhani, la cooperación de Singapur con el PACOM no implica un apoyo a eventuales medidas estadounidenses destinadas a desestabilizar China. Por el contrario, como muchos otros en Asia oriental, consideraba que un final repentino del gobierno comunista en China podría desencadenar peligrosas fuerzas nacionalistas que conducirían a un conflicto en la región sin beneficiar a nadie[39].

No es pues sorprendente que los intentos estadounidenses de cercar a China mediante un sistema de alianzas militares quedaran empantanados sin llegar a ninguna parte. Los lazos militares y de información de Estados Unidos con Vietnam y la India han mejorado, pero las relaciones entre esos dos países y China han mejorado todavía más. Al mismo tiempo, tras años de enemistad hacia China y una larga alianza con Estados Unidos, Indonesia ha establecido una asociación estratégica con Pekín que el presidente Hu saludó como inauguración de una «nueva era» en las relaciones entre ambos países. Un cambio similar ha tenido lugar en Corea del Sur. Durante sus visitas al país en noviembre de 2005, el presidente Bush tuvo que sufrir el anuncio de Seúl de que retiraría una tercera parte de sus tropas en Iraq, mientras que el presidente Hu recibió una prolongada ovación en la Asamblea surcoreana y declaró que las relaciones entre Corea del Sur y China han entrado en la «mejor época de su historia»[40]. Sólo Japón ha reforzado significativamente sus vínculos militares con Estados Unidos, pero esos lazos más estrechos parecían aislar a Japón más que a China; junto con las imprudentes visitas de Koizumi al santuario de Yasukumi, le costaron a Japón el muy deseado puesto permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, así como la cancelación en diciembre de 2005 del encuentro a tres con China y Corea del Sur que se había celebrado cada año desde 1999 al margen de las reuniones de la ANSEA [Asociación de Naciones del Sureste Asiático]. Probablemente por eso fue tan bien recibida la sustitución de Koizumi por Shinzo Abe como primer ministro de Japón en septiembre de 2006, no sólo en las capitales de otros países asiáticos sino en el propio Japón, como posible inicio de una nueva era de cooperación con China[41].

---

[39] M. Vatikiotis, «U.S. Sights are back on China», *International Herald Tribune,* 7 de junio de 2005.

[40] E. Cody, «Shifts in Pacific Force. U.S. Military to Adapt Thinking», cit.; E. Nakashima, «Vietnam, U.S. to Improve Intelligence, Military Ties», *The Washington Post,* 17 de junio de 2005; J. Burton, V. Mallet y R. McGregor, «A New Sphere of Influence. How Trade Clout is Winning China Allies Yet Stocking Distrust», *Financial Times,* 9 de diciembre de 2005.

[41] B. Wallace, «Japan Looks at Ridding Military of its Shackles», *Los Angeles Times,* 23 de noviembre de 2005; T. Shanker, «U.S. and Japan Agree to Strengthen Military Ties», *The New York Times,* 30 de octubre de 2005; J. Burton, V. Mallet y R. McGregor, «A New Sphere of Influence...», cit.; V. Mallet, «Japan's Best Chance to Strike a Deal with China», *Financial Times,* 28 de septiembre de 2006.

La combinación de la acomodación al poder chino con el recurso a mecanismos político-económicos de contención que proponía Kissinger, en el extremo opuesto de Kaplan en el espectro realista, era indudablemente más aceptable para los aliados de Estados Unidos, actuales y potenciales, pero era mucho más difícil de «vender» al electorado estadounidense. La casi unánime oposición a la oferta China por Unocal en la Cámara de Representantes no era sino una de las muchas señales de que el sentimiento antichino era más fuerte en el Congreso, por encima de las divisiones de partido, que en el propio gobierno de Bush[42]. La sinofobia tiene una larga tradición en la cultura popular estadounidense, pero su repentino resurgimiento a principios del siglo XXI se ha visto propiciada por la percepción de que China, más que los propios Estados Unidos, estaba emergiendo como principal beneficiario del proyecto de globalización que Estados Unidos venía patrocinando durante las décadas de 1980 y 1990. Esperar que una mayor integración económica en el área del Pacífico enderece la situación en favor de Estados Unidos requeriría un gran acto de fe en la competitividad de la economía estadounidense. Aunque la mayoría de los congresistas profesan esa fe, pocos se comportaron de acuerdo con ella y en consecuencia socavaron la posibilidad de estrategias destinadas a acomodarse al «ascenso pacífico» de China.

¿Un tercero beneficiado?

Consideraciones de este tipo subyacen a la propuesta de otra ruta adicional hacia un mayor realismo en la política estadounidense hacia China. En un artículo publicado en *The American Conservative,* James Pinkerton se mostraba tan crítico como Kissinger hacia las estrategias de contención militar, incluida la del PACOM de Kaplan.

> Un cliché de la época es que China se parece a la Alemania del Káiser Guillermo II, una potencia en ascenso que buscaba «un lugar bajo el sol». Si fuera así, en-

---

[42] G. Dinmore, A. Fifield y V. Mallet, «The rivals», *Financial Times,* 18 de marzo de 2005. Otra señal fue el forcejeo entre el Congreso y el gobierno en torno a la imposición de aranceles a las importaciones procedentes de China para obligarla a revaluar el yuan frente al dólar. En abril de 2005 el Senado de mayoría republicana votó por 67 a 33 una enmienda patrocinada por el senador demócrata Charles Schumer y el senador republicano Lindsey Graham destinada a imponer un arancel del 27,5 por 100 a las importaciones chinas si su gobierno no modificaba su política monetaria. Aunque el gobierno estadounidense consiguió convencer a Schumer y Graham de que retiraran su propuesta, la presión del Congreso le obligó a entrar en negociaciones con China para restringir sus exportaciones a Estados Unidos. E. Andrews, «Bush's Choice. Anger China or Congress Over Currency», *The New York Times,* 17 de mayo de 2005.

tonces la cuestión sería efectivamente cómo contener a los chinos. En el caso de Alemania se requirió –dos veces– una gran coalición entre Francia, Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos para frenar a Berlín. Queda por ver si Estados Unidos puede llegar a reunir una coalición parecidamente amplia para contener a China[43].

Pinkerton juzgaba remota esa posibilidad; y para empeorar las cosas, cualquier intento de organizar tal coalición provocaría en su opinión una guerra desastrosa contra China. Sin embargo, se mostraba aún más crítico hacia la estrategia alternativa de la acomodación. Sin mencionar explícitamente a Kissinger, calificaba tal estrategia como «neo-angellismo», debido a su parecido con la pretensión de Norman Angell en 1910 de que la guerra había quedado obsoleta. Las razones que daba Angell –como los actuales «globalistas dogmáticos»– para esa supuesta obsolescencia eran, en primer lugar, que las naciones ligadas entre sí por la economía no tenían otra opción que cooperar también en el plano político, y en segundo lugar que el poder militar y político ya no ofrecía ventajas comerciales. Por tranquilizador que el neo-angellismo pueda parecer a la gente del mundo de empresarial, Pinkerton lo encontraba erróneo en aspectos fundamentales.

El principal error es la deslocalización. En apoyo de la opinión de que ésta es esencial para la competitividad estadounidense, Pinkerton citaba al ejecutivo de una gran multinacional estadounidense que le dijo: «Muéstreme una empresa que no fabrique en China y le mostraré una empresa puede ser derrotada competitivamente». Al mismo tiempo, no obstante, subrayaba que la deslocalización repercute sustancialmente en Estados Unidos, aumentando el temor de los trabajadores a perder sus empleos, y especialmente por el riesgo que supone para la seguridad nacional estadounidense:

> Unos Estados Unidos totalmente postindustriales serían incapaces de producir los instrumentos bélicos necesarios, en caso de que lo fueran imperativamente. De hecho, el Pentágono se esfuerza por mantener algún tipo de base industrial en los propios Estados Unidos [...] Si se mantienen las actuales tendencias, los chinos tendrán la posibilidad de desconectar simplemente nuestra economía y así no podremos combatir contra ellos aunque quisiéramos o tuviéramos que hacerlo, lo que podría hacer la guerra aún más tentadora para los chinos.

Luego citaba al político conservador británico Leo Amery, «que había argumentado repetidamente contra Angell y otros globalistas dogmáticos»:

---

[43] James P. Pinkerton, «Superpower Showdown», *The American Conservative,* 7 de noviembre de 2005, p. 5. http://www.amconmag.com.

> Amery advertía que la estrategia económica mercantilista de Alemania de empobrecer al vecino, opuesta al planteamiento angellista de Gran Bretaña, daba al Káiser una peligrosa ventaja en la producción de armamento. «Las potencias con éxito serán las que cuenten con mayor base industrial», profetizaba Amery, añadiendo que las que dispongan «del poder industrial, inventivo y científico podrán derrotar a todas las demás». Como observó una vez Winston Churchill, bajo cuya dirección trabajó Amery en el gobierno británico durante la Segunda Guerra Mundial, un país comprometido en la guerra necesita herramientas para completar el trabajo[44].

El segundo error es que el angellismo «no será políticamente aceptable para los halcones estadounidenses que quieren enfrentarse a Pekín». Evidentemente, «la mayoría de las quinientas personas más ricas según *Fortune* contratarán a agentes para mantener abiertas las rutas comerciales hacia el Este». Y sin embargo «todos los grupos de presión de la calle K* juntos no podrían apagar el fuego del sentimiento antichino que despertó el intento fallido de la CNOOC de comprar [...] Unocal».

> Cuando están en juego cuestiones de estatus y primacía, parece como si prevalecieran los atavismos desplazando al pensamiento racional; así es como el nacionalismo, la xenofobia y reflejos aún más primitivos se erigen en un automatismo sanguinario. El resultado es predecible: como en el caso de Angell hace noventa años, los neoangellistas volverán a verse abrumadoramente derrotados[45].

En resumen, si bien una estrategia militar de contención llevaría a una guerra desastrosa contra China, porque «si se amenaza con algo durante mucho tiempo, acabará sucediendo», el neoangellismo «perdería su disputa en Washington frente al campo [nacionalista-militarista], que entonces retomaría la iniciativa para emprender su desastrosa guerra contra China». Así pues, pregunta Pinkerton, ¿qué debemos hacer? «¿Son las únicas opciones de Estados Unidos el jingoísmo militarista o un angellismo cándido?»[46]. La mejor opción, aseguraba, es una estrategia doble. Siguiendo a Michael Lind, en el frente geopolítico proponía la contención de China mediante una estrategia de equilibrio de poder.

---

[44] *Ibid.*, p. 8.

* «K Street», llamada así por ser la dirección de las oficinas de muchos grupos de presión, es la puerta giratoria que convierte a los antiguos miembros del Congreso (sobre todo presidentes de comité) y sus colaboradores en *lobbistas* bien pagados por industrias farmacéuticas, petrolíferas, agentes de bolsa y dictadores extranjeros. Aunque los libros de texto todavía no reconocen su gran importancia «la Calle K» es realmente el cuarto poder financiero del gobierno de los Estados Unidos. *[N. del T.]*

[45] *Ibid.*, pp. 8-9.

[46] *Ibid.*, pp. 6-7, 9.

Durante siglos, [Gran Bretaña] enfrentó a sus rivales europeos entre sí, y esto le fue muy bien al imperio. Así pues, si los británicos pudieron superar a los Borbones, los Habsburgo, los Hohenzollern y los Romanov, quizá Estados Unidos pueda aprovechar la inevitable rivalidad entre las potencias asiáticas. Después de todo, Estados Unidos disfruta de la ventaja de no tener rivales en su propio continente, algo que probablemente se mantendrá así durante mucho tiempo. Y por fortuna para nosotros, tres enormes potencias –China, India y Japón– están muy cercanas entre sí, como lo estaban España, Francia, los Países Bajos y Alemania en otro tiempo[47].

En lugar de afrontar directamente a las incipientes potencias asiáticas, Estados nidos debería enfrentarlas entre sí. Como nos recuerda la expresión latina *tertium udens* –el tercero sale beneficiado–, en lugar de inmiscuirse en cada contienda, a ces es mejor «guardar la capa de los que se pelean». Para el interés nacional estaunidense «la mejor Asia sería una en la que China, la India, Japón y posiblemente gún otro "tigre" o dos se enfrenten entre sí por el poder mientras que nosotros sfrutamos del feliz lujo de mantenernos al margen como terceros»[48].

Un prerrequisito para el éxito de esta estrategia es una solución realista del proema de Taiwán. Salvo que se produzca una guerra generalizada, del mismo modo ue el Norte estadounidense se reunificó con el Sur tras la Guerra Civil, China se unificará con Taiwán. «El gobierno federal en Washington [...] no habría sentio ninguna simpatía hacia cualquier potencia extranjera que tratara de asegurar la cesión de Richmond [...] Empleando una *realpolitik* honesta, Estados Unidos dería decirle a Taipei que su mejor salida es un regreso pacífico a la madre patria omo el de Hong Kong o Macao». Estados Unidos, liberado de la cuestión de Taián, estaría en condiciones de cosechar los beneficios en lugar de soportar los cos s de los conflictos entre las tres grandes potencias de Asia. «Así, si Japón, por emplo, emprendiera la vía nuclear [...] otras potencias asiáticas se opondrían al arme japonés, pero eso sería su problema, no el nuestro. En cualquier contienda iática de ese tipo es mejor ser el tercero beneficiado, y no un desgraciado participante en primera línea»[49].

Sin embargo, a fin de convertirse en el «tercero beneficiado» en el frente geolítico, Estados Unidos debe actuar también en su frente interno: «Los estadoudenses deben dejar de hacerse ilusiones pensando que nuestra actual burbuja inobiliaria [...] asegura nuestra primacía geopolítica a largo plazo». Tal primacía lo se puede alcanzar mediante un «equivalente en el siglo XXI al "Informe sobre

[47] *Ibid.*, p. 9.
[48] *Ibid.*, p. 1.
[49] *Ibid.*, p. 10.

la industria" redactado por Alexander Hamilton a finales del XVIII», esto es, una decisión sobre qué industrias son esenciales para la seguridad nacional, y «una política tecnoindustrial consciente para asegurar que esas industrias vitales permanezcan en el país». Aunque esa política neohamiltoniana incrementara el precio de los artículos de consumo, elevara los tipos de interés y quizá hiciera caer la bolsa, todo eso «constituye un pequeño precio a pagar por la auténtica seguridad nacional». Pinkerton reconocía que esa estrategia doble estaba más allá del horizonte actual de la política y la sociedad estadounidenses; confiaba empero en que «el rudo despertar, cuando llegue, no sea demasiado doloroso. Las malas políticas se pueden corregir, aunque desgraciadamente suele ser precisa una derrota para atraer la atención de los gobernantes y de la opinión pública»[50].

La estrategia del tercero beneficiado tiene precedentes en la historia estadounidense más importantes de lo que reconocía Pinkerton. En su opinión, sólo en 1901-1909 –sobre todo durante la presidencia de Theodore Roosevelt– practicó Estados Unidos ese tipo de estrategia[51]; pero en realidad, como hemos visto en el capítulo 8, durante el siglo XIX y especialmente durante la primera mitad del XX, Estados Unidos se benefició inmensamente de los conflictos que enfrentaron entre sí a las potencias europeas; y su capacidad para sacar ventaja de las guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX se debió, tanto a la autosuficiencia y habilidad técnica de su complejo militar-industrial, como a su relativo aislamiento continental.

Se reconozca o no, tras su derrota en Iraq Estados Unidos puede intentar regresar a esa tradición. Sin embargo, los elementos asiáticos del equilibrio de poder que propone Pinkerton pueden detectarse ya en la actual política estadounidense. Puede que Koizumi creyera que su repudio de seis décadas de pacifismo oficial japonés «para suplantar a Australia como "vicesheriff" de Washington en la región de Asia-Pacífico» reforzarían el compromiso del sheriff en la protección de Japón en el caso de un conflicto con China[52]; pero también es posible que el aliento pasado y futuro de Estados Unidos a la implicación de Japón en la disputa sobre Taiwán se inscriba, no en una estrategia de construcción de una coalición del tipo concebido por Kaplan, sino en una estrategia de equilibrio de poder del tipo concebido por Pinkerton, es decir, que el aliento estadounidense al abandono de Japón de su reciente pasado pacifista para convertirse de nuevo en una potencia militar de importancia regional pueda ser una vía para facilitar el desenganche militar estadounidense del oriente asiático mediante la creación allí de contrapesos militares a China.

---

[50] *Ibid.*, p. 11.

[51] *Ibid.*, p. 11.

[52] S. Tisdall, «Japan Emerges as America's Deputy Sheriff in the Pacific», *The Guardian,* 19 de abril de 2005.

Esta posibilidad, evidentemente, no tiene por qué ser, y probablemente no es, el objetivo encubierto de la actual política estadounidense, pero bien puede ser el recambio (o «plan B») al que Estados Unidos puede recurrir ventajosamente si el intento de construir una coalición antichina encabezada por el PACOM no llegara a materializarse o resultara demasiado arriesgado. De hecho, la posibilidad de que el fracaso en Iraq pueda dar lugar a un desenganche militar de Estados Unidos de la región de Asia oriental es algo que no ha escapado a los observadores taiwaneses, y así en octubre de 2005 el ex ministro taiwanés de Asuntos Exteriores T'ien Hung-mao declaraba en una entrevista con los medios locales que

> si Estados Unidos tiene que salir de forma poco airosa de Iraq, crecerán las corrientes aislacionistas y no querrá verse implicado en conflictos al otro lado del Pacífico, lo que imprimirá velocidad al afianzamiento de la hegemonía china. A medida que decaiga la disposición estadounidense a un enfrentamiento disminuirá la posibilidad de un conflicto militar en el estrecho de Taiwán. El gobierno taiwanés debería considerar esa eventualidad y hacer planes realistas para afrontarla[53].

El gobierno taiwanés puede no sentirse muy inclinado a arrostrar ese escenario, pero resulta significativa la indignación suscitada en el Congreso estadounidense por su indecisión a finales de 2005 en cuanto a financiar una oferta de suministro de armas por parte de Washington durante más de cuatro años. Después de señalar que Taiwán había acumulado docenas de miles de millones de dólares en reservas de divisas, Tom Lantos, en aquel momento portavoz demócrata en el Comité Internacional de la Cámara de Representantes, declaró ominosamente: «Si esperan ustedes que vayamos en su ayuda, ese forcejeo por un encargo de 18.000 millones de dólares es un ultraje»[54].

Insultante o no, la indecisión taiwanesa no sólo traiciona la sospecha de que la protección ofrecida por una coalición antichina patrocinada por Estados Unidos puede no ser del todo fiable. Apunta también a una contradicción básica de la estrategia del «tercero beneficiado». Si Estados Unidos se desligara militarmente de la región, ¿por qué tendrían que intensificar las potencias asiáticas sus conflictos mutuos en beneficio de Estados Unidos, en lugar de buscar un acomodo común que las beneficie a todas ellas? La capacidad de Estados Unidos para ser el *tertium gaudens* en las luchas por el poder intraeuropeas de principios del siglo XX dependía decisivamente de la intensidad e impulso interno de aquellas luchas, ausente en

---

[53] Citado en T. Sakai, «Hu Jintao's Strategy for Handling Chinese Dissent and U.S. Pressure», cit.

[54] Citado en M. Dickie, V. Mallet y D. Sevastopulo, «Washington is turning its attention...», cit. Véase también E. Cody, «Shifts in Pacific Force. U.S. Military to Adapt Thinking», cit.

el Asia actual. De hecho, como he señalado en capítulos anteriores, Asia oriental ha sido auténtico «tercero beneficiado» de finales del siglo XX y principios del XXI. En la década de 1980 Japón y los cuatro «tigrecitos» fueron los principales beneficiarios de la escalada de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la URSS, y más tarde China viene mostrándose como el auténtico ganador de la Guerra contra el Terror estadounidense. Evidentemente, siempre son posibles cálculos erróneos; pero *pace* Lantos, no está claro por qué los Estados asiáticos se tendrían que lanzar de repente a una carrera de armamentos que beneficiaría a la industria bélica estadounidense y a su economía pero que socavaría seriamente la posición de acreedor que constituye la fuente principal de su poder.

De hecho, la primera Cumbre de Asia Oriental celebrada en Kuala Lumpur en diciembre de 2005 ya mostró lo difícil que sería para Estados Unidos enfrentar a unos Estados de Asia contra otros. Washington se había opuesto siempre a la idea de tal cumbre y había promovido la CEAP [Cooperación Económica Asia-Pacífico], mucho más amplia, como foro alternativo en el que Estados Unidos sería el participante más influyente. Pero en los últimos años, mientras que la influencia relativa de Estados Unidos en la CEAP frente a China ha decaído, la importancia de una ANSEA en expansión que excluye a Estados Unidos e incluye a China en decisiones que afectan a Asia oriental ha venido aumentando constantemente[55]. «Mientras que China y Estados Unidos se disputan la preeminencia geopolítica, el resto de Asia oriental sólo quiere un área de comercio más eficiente y acceso a un mercado mayor. Y justamente ahora resulta que el mayor mercado es China». Como consecuencia, en la cumbre de la ANSEA celebrada en Filipinas en enero de 2007 China ocupó el lugar central, firmando un nuevo tratado sobre comercio de servicios, y lo que es más importante, participando plenamente en varios acuerdos destinados a impulsar la asociación hacia una Carta del estilo de la UE[56].

---

[55] La ANSEA se amplió primero para incluir a China, Japón y Corea del Sur en la llamada ANSEA+3, a raíz de la crisis financiera de Asia oriental. Esa iniciativa pretendía explícitamente reducir la influencia de Estados Unidos, al que muchos hacían responsable de la gravedad de la crisis. La nueva ampliación de la ANSEA+3 para convertirse en ANSEA+3+3 incluyendo a la India, Australia y Nueva Zelanda como participantes de pleno derecho en la primera Cumbre de Asia Oriental, en cambio, se entendió principalmente como un intento de equilibrar el peso de China en ausencia de Estados Unidos. Véase S. Mydans, «New Group for "Asian Century" Shuns U.S», *International Herald Tribune,* 12 de diciembre de 2005; J. Burton, V. Mallet y R. McGregor, «A New Sphere of Influence...», cit.

[56] M. Vatikiotis, «East Asia Club Leaves U.S. Feeling Left Out», *International Herald Tribune,* 6 de abril de 2005; C. H. Conde, «China and Asean Sign Broad Trade Accord», *International Herald Tribune,* 15 de enero de 2007.

La Gran Muralla de incógnitas

En julio de 2004 un comentario publicado en el *International Herald Tribune* lamentaba la ausencia de una estrategia estadounidense con respecto a China.

> Resulta casi imposible caracterizar de forma coherente nuestras acciones. ¿Tratamos a China como un socio de pleno derecho? Rara vez. ¿Tratamos a China como un competidor? A veces. ¿Actuamos con convicción? Casi nunca. No tenemos una política. Estados Unidos ha tenido la suerte de que no se hayan materializado más crisis, económicas o políticas, mientras estaba ocupado en Iraq[57].

Dos años y medio después, Estados Unidos sigue sin tener una estrategia con respecto a China que merezca ese nombre. La percepción de que las dificultades de Estados Unidos en Iraq han consolidado el fortalecimiento de China ha llevado a multiplicar las iniciativas antichinas, pero también a una mayor dosis de realismo en la política estadounidense. En cualquier caso, la combinación resultante sigue dificultando una caracterización coherente.

Podemos detectar al menos tres razones principales para la prolongación de esa falta de coherencia en la política estadounidense con respecto a China. Una es que para el gobierno de Bush la batalla decisiva para contener su creciente poder se sigue llevando a cabo en Iraq. Los sueños de una fácil victoria que permitiría a Estados Unidos tratar a China desde una posición de fuerza han dado paso al objetivo de retirarse de Iraq con pérdidas mínimas para la credibilidad estadounidense. En estas circunstancias se han intensificado la retórica antichina y los intentos de conferir a australianos o japoneses el papel de «vicesheriff» en Asia oriental. Pero hasta que Estados Unidos se libere del atolladero iraquí, tiene que seguir forcejeando con China. Desde ese punto de vista no hay ninguna incoherencia en la política hacia China de Estados Unidos: sólo una adaptación táctica a la necesidad de mantener cuanto se pueda la credibilidad estadounidense frente a China y frente al conjunto del mundo; hasta los congresistas más críticos hacia el gobierno están de acuerdo en eso. Una queja anterior entre los demócratas sobre la invasión de Iraq era que distraía a Estados Unidos de la tarea de hacer frente a China; pero una vez que la aventura iraquí se agravó, los propios demócratas se dividieron sobre lo que había que hacer para minimizar las pérdidas. El debate se desplazó así a la cuestión de si y cómo había que retirarse de Iraq, eclipsando las preocupaciones por la «amenaza china».

---

[57] T. Manning, «America needs a China strategy», *International Herald Tribune,* 22 de julio de 2004.

Una segunda razón para la prolongada carencia de una política coherente con respecto a China es la dificultad estadounidense para definir su interés nacional. Entre los observadores existe un acuerdo bastante general de que una estrategia de ajuste y acomodación sería la más conveniente para los intereses de las empresas estadounidenses, y muy especialmente de las grandes corporaciones[58]. De hecho éstas han acogido la expansión económica de China con mucho más entusiasmo que la de Japón durante la década de 1980, a pesar de que supone un mayor desafío a largo plazo para la preeminencia estadounidense.

> La bienvenida que China ofrece a las empresas multinacionales y a la inversión extranjera ha hecho que muchos ejecutivos empresariales occidentales, tan críticos hacia las trabas japonesas hace más de una década, se entusiasmen con respecto a China, su mano de obra barata y su enorme mercado [...] Japón se puso rápidamente a la altura de Occidente con las licencias tecnológicas [...] pero China ha utilizado además el atractivo de su enorme mercado potencial para encandilar a los inversores extranjeros [...] lo que también ha ayudado a proteger a China de los choques comerciales. Muchas de las mismas multinacionales que en otro tiempo contendieron con los japoneses, como los fabricantes de automóviles de Detroit, son ahora grandes inversores en China que se oponen a las restricciones comerciales a ese país[59].

Por otra parte, el viejo dicho de que lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos se ve ahora cuestionado, dejando a un lado el hecho de que el mejor cliente de China, Wal-Mart, ha desplazado a la General Motors como la mayor corporación estadounidense. Ted Fishman, dando pábulo a una opinión muy extendida, afirmaba que «la promesa china les parece tan deslumbrante a las grandes empresas estadounidenses y a los superricos que el interés nacional estadounidense y la salud a largo plazo de su economía cuentan muy poco»[60]. En apoyo a esa opinión se señala a menudo que casi la mitad de las exportaciones e importaciones estadounidenses se llevan a cabo en el seno de empresas multinacionales, que desplazan materiales y componentes entre unidades remotas y deslocalizan su producción atravesando las fronteras nacionales para reducir costes, especialmente los costes salariales. Mientras que las empresas e inversores se benefician considerable-

---

[58] Como muestran los pasajes citados anteriormente, Kaplan y Pinkerton están de acuerdo en esto. Aunque Kissinger no menciona explícitamente los intereses de las grandes empresas, en el artículo citado se siente obligado a reconocer que su firma de consultoría asesora a empresas que hacen negocios con China.

[59] K. Bradsher, «Like Japan in the 1980's, China Poses Big Economic Challenge», *The New York Times,* 2 de marzo de 2004.

[60] Ted C. Fishman, «Betting on China», *USA Today,* 16 de febrero de 2005.

mente de ese tipo de operaciones, se dice, para los países, entre ellos Estados Unidos, no son siempre tan beneficiosos[61].

Aunque se dé por segura la posibilidad de un conflicto entre los intereses de las empresas estadounidenses y los intereses nacionales de Estados Unidos, no hay acuerdo sobre si una mayor integración económica entre Estados Unidos y China favorece o no el interés nacional estadounidense. Conservadores como Pinkerton insisten en la amenaza que la deslocalización plantea para la seguridad nacional; pero grandes figuras del complejo militar-industrial estadounidense dudan si se puede mantener la preeminencia militar sin cierta deslocalización, que en cualquier caso implicará, marginalmente o no, a China[62]. Los demócratas y las organizaciones obreras ponen el énfasis en la pérdida de empleos en beneficio de China debido al comercio y la deslocalización, y piden medidas de protección y de otro tipo por parte del gobierno para obligar a China a revaluar su moneda; pero otros insisten en que es mayor aún el peligro de que el dólar se devalúe rápidamente, lo que podría «poner en peligro la influencia política global de Estados Unidos» y hundir al país «en la trampa de la deuda que ha sufrido durante mucho tiempo [...] Latinoamérica»[63]. Algunos apuntan a los beneficios que el diluvio de crédito y artículos baratos desde China aporta, no sólo a los superricos, sino también a las capas más humildes de en la sociedad estadounidense.

> Estados Unidos está inundado de deudas [...] Muchas de esas deudas corresponden a trabajadores que van pasando sus créditos de una tarjeta a otra o contrayendo dudosas hipotecas en un intento de mantener parte del brillante estilo de vida de una clase superior que se hace cada vez más rica [...] Uno de los fenómenos sociales más significativos de la sociedad estadounidense actual es la amplitud de la

---

[61] Véanse, entre otros, W. Greider, «Trade Truth that the Public Won't Hear», *International Herald Tribune,* 19 de julio de 2005, y J. Petras, «Statism or Free Markets. China Bashing and the Loss of US Competitiveness», *CounterPunch,* 22 de octubre de 2005.

[62] Un reciente estudio del Pentágono señalaba 73 proveedores extranjeros, en su mayoría de Europa occidental, que suministraban piezas a doce de los más importantes sistemas de armamento estadounidenses. El jefe de compra de armas del Pentágono decía: «Nuestra tarea consiste en conseguir lo mejor para nuestros soldados. La innovación no siempre está limitada por las fronteras. Queremos las mejores capacidades, al precio más barato posible y de los mejores proveedores que podamos encontrar». Un antiguo vicepresidente de Lockheed Martin, el mayor contratista militar de Estados Unidos, declaraba por su parte que queda fuera del alcance de Estados Unidos que todo su suministro militar se fabrique en el propio país aunque lo deseara. «Siempre se busca en primer lugar entre los socios industriales de Estados Unidos, pero en algunos casos no hay otra posibilidad que recurrir a proveedores extranjeros». Véase L. Wayne, «U.S. Weapons, Foreign Flavor», *The New York Times,* 27 de septiembre de 2005.

[63] Ted Fishman, «Betting on China», cit.

deuda, que permite a los menos acomodados gastar más de lo que tienen y con ello atenuar la sensación de quedar marginados con respecto a los más ricos. Mientras los tipos de interés no suban espectacularmente, ese proceso social seguirá en marcha. De ahí el peso de Hu [Jintao] en la Calle Mayor de nuestras ciudades[64].

En resumen, como decía Paul Krugman, en Estados Unidos «se ha desarrollado una adicción a las compras chinas de dólares –y, podríamos añadir, a los productos baratos de China–, y sufriremos un doloroso síndrome de abstinencia cuando nos falten». Abandonar la adicción podría quizá hacer más competitivas las empresas estadounidenses, pero antes habrá que pasar por el doloroso síndrome de abstinencia[65]. Cuanto más se agrava la situación en Iraq, más depende el gobierno de Bush de esa adicción para evitar que también empeoren las cosas en los frentes económico y social del país. De ahí la renuencia del gobierno a presionar demasiado a China con respecto a la revaluación del yuan, sus alabanzas al plan quinquenal del PCCh en 2005, y más en general su actitud más comedida que la del Congreso en las quejas por la inundación de productos chinos que anega el mercado estadounidense y por la pérdida de empleos en beneficio de China.

La intensificación de la retórica y las iniciativas antichinas en el frente geopolítico –la «buena acometida contra China» de Boot– no ha sido una mera cobertura de esa mayor contención de la presión sobre China en cuestiones económicas –la «mala acometida» de Boot–, ni tampoco han sido simples bravuconadas para tranquilizar a los Estados clientes y advertir a los potenciales competidores en Asia oriental y otros lugares de que las dificultades en Iraq no han reducido la determinación estadounidense de preservar su predominio militar regional y global; ha sido también la expresión del interés nacional tal como lo entiende la base electoral del partido republicano bajo la hegemonía neoconservadora.

Como ha argumentado Thomas Frank, uno de los fenómenos políticos más significativos en Estados Unidos durante las últimas dos décadas ha sido el ascenso de los que llama «conservadores por rechazo». Se trata sobre todo de trabajadores blancos y estadounidenses de clase media que han reaccionado frente a su pérdida de estatus e ingresos relativos identificándose más con Dios, las fuerzas armadas y el Partido Republicano que con sus intereses de clase, las organizaciones sindicales y el Partido Demócrata. Los neoconservadores explotaron hábilmente esa actitud para ganar el voto popular y una vez en el poder tomar medidas que beneficiaban a los ricos y reproducían indirectamente la frustración

---

[64] R. Cohen, «China and the Politics of a U.S. Awash in Debt», *The International Herald Tribune,* 21 de mayo de 2005.

[65] P. Krugman, «The Chinese Connection», *The New York Times,* 20 de mayo de 2005.

que había llevado a su base popular a identificarse con Dios, las fuerzas armadas y el Partido Republicano[66].

Desde esta perspectiva, aunque no desde la de los conservadores más tradicionales dentro y fuera del partido republicano, no importaba que el gobierno y los consumidores estadounidenses se hicieran cada vez más adictos a los créditos y los productos baratos de China. Lo que más importaba era que el presidente estadounidense apareciera como «enraizado, patriota, un auténtico hombre y para algunos como un agente de la divinidad en la Casa Blanca»[67]. Esto significaba que la contención en la «mala» acometida contra China tenía que compensarse con una intensificación de la «buena» acometida contra China, advirtiendo a la dirección comunista china que no se atreviera a desafiar la supremacía de las fuerzas armadas estadounidenses y que por el contrario adoptara las libertades y valores estadounidenses. Y cuanto mayores fueran los problemas de las fuerzas armadas estadounidenses en Iraq más rotunda tenía que oírse esa advertencia. En resumen, una segunda razón para la prolongada carencia de una política coherente con respecto a China ha sido la doble supeditación del gobierno de Bush a las grandes empresas y sus intereses, por un lado, y a los «conservadores por rechazo», por otro. Desde ese punto de vista, la incoherencia de la política estadounidense con respecto a China expresaba la necesidad del gobierno de Bush de acomodarse al deseo del capital estadounidense de beneficiarse de la expansión económica china, y al mismo tiempo complacer la propensión nacional-militarista de su base electoral.

Una tercera razón –para nuestros actuales propósitos la última– de la prolongada falta de coherencia en la política estadounidense hacia China ha sido la dificultad para imaginar las tendencias presentes y futuras de la economía política china. A este respecto los observadores políticos estadounidenses se han visto con «una gran muralla de incógnitas». Se ha ido percibiendo cada vez más que «la propia magnitud y velocidad del crecimiento chino [...] lo convertía en un impredecible factor X en la economía [política] mundial. Se multiplicarán las sorpresas buenas y

---

[66] Thomas Frank, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America,* Nueva York, Owl Books, 2005.

[67] R. Cohen, «China and the Politics of a U.S. Awash in Debt», cit. Como señala Cohen, «no es nada nuevo que la gente abrumada por dificultades económicas recurra a Dios, al patriotismo y a las fuerzas armadas». De hecho, se pueden apreciar ciertas semejanzas entre el patrioterismo militarista en Estados Unidos a principios del siglo XXI y en Gran Bretaña un siglo antes. La principal diferencia es la mucho mayor insistencia en Dios que en el Imperio en el tipo estadounidense de patrioterismo, profundamente enraizado en la tradición religiosa del expansionismo estadounidense. Sobre esta tradición, véase Clyde W. Barrow, «God, Money, and the State. The Spirits of American Empire», Forschungsgruppe Europäische Gemeinschaften (FEG) Arbeitspapier n.º 22, Universität Marburg, Marburg, 2004.

malas, con ganancias, pérdidas amenazas y oportunidades». Pero no está nada claro cuáles podrían ser esas sorpresas.

> Todo lo que sabemos con seguridad es que en realidad no sabemos nada. Cuando un país tan enorme como China experimenta un cambio tan espectacular –pasando de una economía de «mando y control» a un sistema de mercado– la probabilidad de que alguien tenga una imagen completa de lo que está sucediendo es escasa o inexistente. En un país más pequeño nuestra ignorancia no importaría mucho, pero en China es un tanto aterradora[68].

Lo más aterrador, evidentemente, es que esa ignorancia ha configurado la política de un país, Estados Unidos, con la capacidad de desencadenar el Armagedón que los grupos más fanáticos entre los conservadores por rechazo están deseando con ansia. El problema no es sólo que utilizar el conocimiento del presente y el pasado para prever el futuro sea siempre una tarea difícil y arriesgada, sino que reside más bien en el tipo de conocimiento que se está utilizando para ese propósito. Lyric Hughes Hale señala que «en Estados Unidos apenas se estudia historia de China». Muchos de los que hablan de China «esparcen unos pocos hechos de una agenda muy gastada», ignorando convenientemente los hechos que no se adecuan a esa agenda[69]. Peor aún, el espolvoreo de unos pocos hechos de una agenda muy ajada es evidente también en los supuestos que subyacen bajo la política estadounidense hacia China y en las estrategias realistas alternativas que se han examinado en este capítulo. Con la excepción de Kissinger, todas ellas ignoran absolutamente la historia china y se basan en una lectura muy limitada de la historia occidental. A fin de traspasar la Gran Muralla de incógnitas que rodea las posibles consecuencias del ascenso de China es evidentemente necesaria una lectura selectiva del pasado, pero no es fácil adivinar cuál es la lectura selectiva más útil para prever qué cabe esperar o no esperar. Ésta es la cuestión que abordaremos ahora.

---

[68] R. J. Samuelson, «Great Wall of Unknowns», *The Washington Post,* 26 de mayo de 2004.

[69] Por ejemplo, quienes se quejan de que Estados Unidos ha perdido dos millones de empleos industriales en beneficio de China silencian los «muchos más millones de chinos [que] han perdido su empleo durante el mismo período de tiempo, en su mayoría debido a la reestructuración de las empresas de propiedad estatal». Y los que se quejan de las violaciones de la propiedad intelectual en China olvidan convenientemente que leyes similares fueron vulneradas repetidamente en Japón hasta que las propias empresas japonesas sintieron la necesidad de esa misma protección. The China of Our Imagination Bears No Resemblance to Reality», *Los Angeles Times,* 22 de mayo de 2005.